

Para actualizar el discurso del museo nacional de historia, 1999.

En diversos ámbitos, se ha planteado la urgente necesidad de revisar y actualizar el discurso del Museo Nacional de Historia. Se ha cuestionado su carácter nacional, argumentando una falta de representatividad, que excluye a amplios sectores de la sociedad, así como a diversas expresiones culturales. Se objeta la promoción de un nacionalismo creado sobre la base de una unidad y una coherencia imaginarias, mediante la selección de determinados bienes culturales y la estructuración de un discurso que lo legitimara, aglutinando ambas instancias para crear una identidad común.

Se ha señalado la carencia de elementos museográficos que faciliten una lectura más competente de la diversidad, tanto de estratos históricos como de patrimonio ecológico, que conforman este espacio museológico, así como, la omisión, en el guión científico, de etapas significativas de nuestra historia, especialmente en lo que toca al pasado indígena, y al México posterior a 1925. Ello, debido a la falta de espacio que impide el replanteamiento de su discurso museográfico, pero también al desinterés del Estado por la adquisición de colecciones de nuestro siglo.

En respuesta a esta problemática, algunos de los directores del MNH y teóricos de la Museología han propuesto, además de la actualización de su discurso, algunas alternativas: "Planear un proyecto para reforzar un museo de sitio que brinde la información que el público busca y cubrir de esta manera sus expectativas."¹, e incluso, reubicarlo en otro inmueble o en múltiples sedes en el interior del país.

La idea de reestructurar el MNH, desde cualquiera de sus instancias, apunta a una problemática compleja. Considerarla implicaría, por supuesto, la revisión de las actuales políticas culturales en el manejo del patrimonio, en general, y la vigencia

1 VÁZQUEZ OLVERA, Carlos. "El Museo Nacional de Historia en Voz de sus Directores". México, INAH/Plaza y Valdés, 1997. p.201

de las mismas en particular, el Museo Nacional de Historia, entre otros aspectos. Para ello, es ciertamente insoslayable la participación de especialistas técnicamente preparados que estudien estos y otros problemas dentro y fuera del museo. En la actualidad no debemos pretender llevar a cabo acciones como reubicar nuestros museos o cambiar sus discursos museográficos, empíricamente y sin estudios que las sustenten.

Sin embargo, la reestructuración del MNH, es una cuestión que va más allá de discusiones y disertaciones teóricas al respecto. No pretendo impugnar o justificar sus deficiencias discursivas, lo que cuestiono, es la viabilidad de un proyecto que reestructurara su discurso. Desde esta postura, pretendo analizar una serie de factores que me parece imprescindible tomar en cuenta no sólo en esa propuesta, sino también, en cualquier otra de índole semejante.

De acuerdo a los lineamientos teóricos que hemos venido señalando en esta Gaceta de Museos, toda propuesta museológica de la realidad y de la memoria representativas de un Pueblo es cuestionable. Primero, porque cualquier discurso museográfico se plantea mediante objetos significativos seleccionados, por esta razón, su propuesta no puede ser más que la de **“una”** realidad, representada por esos objetos que el propio museo ha seleccionado, conservado, y que en un momento dado exhibe. Sería imposible que pretendiera proponer **“la”** realidad. El propio mecanismo de selección, que caracteriza al proceso museal² lleva implícita la exclusión de infinidad de factores presentes en la realidad. Su magnitud, sobrepasa nuestra capacidad de abarcarla dentro de un museo. En este sentido, siempre habría ineficacia en la representatividad de un discurso, porque necesariamente habría algo o alguien que quedaría fuera de él. Por otro lado, resultaría ambicioso proponer un discurso que sea representativo de **“la memoria”** de una Nación. Pretenderlo, sería tanto como desconocer que lo que es significativo para algunos no necesariamente lo es para todos. En el museo, intentamos hacerla representativa, no obstante, debemos asumir que lo que ahí se consigna es solamente **“una memoria”**, porque la memoria no es un común denominador en torno al cual todos giramos. En la diversidad cultural que nos conforma como Nación, hay muchas memorias, y muchas realidades. ¿Qué discurso museográfico podría asumir el reto de representarnos todas? Si lo hiciera, tendría que escoger un lenguaje y en tal caso ¿No dejaría a un lado otros? . Retomando la idea llevar a cabo un proyecto de reestructuración para crear un discurso representativo de nuestra Nación, me pregunto; ¿Es ésto posible?

2 El Proceso Museal, se refiere ampliamente en el número nueve de esta Gaceta de Museos.

Además de enfrentar estas limitaciones, el proyecto de reestructuración del discurso de un museo, tendría que contemplar un factor que da sentido a su existencia como tal, y que hasta este momento no hemos mencionado; el público.

Señalamos problemas y proponemos proyectos desde nuestra jerarquía de especialistas de diversas disciplinas y posturas, algunas veces políticas y otras, académicas. Intentamos justificar, a partir de nuestros conocimientos y experiencia, acciones y propuestas museológicas como las que aquí hemos citado. Sin embargo, la mayor parte de estas acciones, se llevan a cabo sin contar con estudios de público que las sustenten.

No solamente se excluye la injerencia de la sociedad en esta clase de decisiones, sino que, ni siquiera se toma en cuenta su opinión al no contemplar dichos estudios. Los que hasta hoy se han realizado en nuestro país, cuantitativos en su mayoría, se han enfocado al análisis de la propuesta del museo, y nada o muy poco se ha hecho para conocer la contrapropuesta de su público que incluye, no sólo la apropiación y reinterpretación del discurso museográfico, sino también, una amplia gama de usos que se desprenden de estos procesos³.

En el caso del MNH, salvo por algunos loables intentos, no se cuenta, con estudios que hayan explorado las expectativas del público. No sabemos si los miles de mexicanos que lo visitan estarían de acuerdo con la idea de que se llevara a cabo, un proyecto de reestructuración de este recinto histórico⁴. Lo ignoramos porque, entre otras cosas, no hemos analizado el contenido simbólico que reviste al Museo Nacional de Historia desde la perspectiva del público que lo visita. En relación a dicho contenido, los testimonios de algunos de sus directores, nos permiten adivinar que este espacio se ha convertido, nos guste o no, en un lugar casi sagrado para mucha gente que lo visita.

“... Es un templo nacional, tiene su público y eso está garantizado.”⁵

“Todos los fines de semana y los días festivos, aquello era como paseo a la Basílica de Guadalupe, sólo que ahí van por motivos religiosos y aquí por motivos cívicos... Chapultepec en sí mismo es un mensaje histórico”⁶

3 Una referencia más amplia sobre la contrapropuesta del público que aparece en el artículo “¿Hay una participación activa en los museos? En el número once de esta Gaceta de Museos.

4 Basten mencionar, a manera de ejemplo, las protestas del público, que levantó la reestructuración del discurso de dicho museo, promovida por Gastón García Cantú, durante la gestión de Felipe Lacouture.

5 Palabras de Miguel Ángel Fernández, cita tomada de VÁZQUEZ OLVERA, Carlos Op cit 1 p. 96

6 Palabras de Silvio Zavala, Ibid p.39, 40.

“... Es de tomarse en cuenta toda esta mitología que envuelve al Castillo... Hay toda una tradición popular: el Castillo es de Carlota y Maximiliano, donde románticamente como en Viena, efectuaran recepciones rodeados de bosques... el pueblo va a buscar a los emperadores y a los elementos del poder en la historia.”⁷

“Entre semana... asisten niños... como parte de sus clases de historia, y van visitantes a los que les interesa ver el museo; el domingo y en vacaciones la gente ve al Castillo de Chapultepec como un centro de diversión que es parte del paseo a Chapultepec. Son otros los intereses, no les interesa tanto ver la Sala de la Independencia como ver la cama de Carlota.”⁸

Frente a estas afirmaciones resulta casi imperativo preguntarse: ¿Cómo entendemos el Museo Nacional de Historia? ¿Que significa para nosotros como mexicanos? ¿Qué vamos a buscar al Castillo cuando lo visitamos? ¿Cuál es su especificidad en materia educativa, y cómo impacta su discurso a los miles de estudiantes que lo visitan año con año? ¿Es posible legitimar la función social del museo, de la que tanto hablamos hoy en día, cuando desconocemos las respuestas a interrogantes fundamentales como las señaladas? Peor aún, cuando no hemos intentado siquiera explorarlas. Llevar a cabo estudios que nos den luz sobre el imaginario colectivo tejido en torno a este espacio histórico, además de otros aspectos, ciertamente nos permitirían acercarnos a una idea más clara sobre las expectativas del público. Sin embargo, aún haciendo uso de esta información para plantear un discurso distinto, en el ámbito del MNH, subsistiría el problema de su falta de representatividad. En este caso, debida a las limitaciones de los estudios propias de su metodología, pero también, porque nuevamente el discurso estaría planteado por una élite especializada. Si esto es así, el especialista estaría tomando en cuenta la opinión del público, no obstante, la propuesta sigue siendo la suya y por lo tanto, excluye otras. Como puede verse, proponer un discurso que sea representativo, plantea, como se mencionaba al principio, una problemática compleja que no parece tener solución.

En este punto, quiero señalar una omisión tanto o más grave que las ya mencionadas, cuando se trata, como en este caso, de la reestructuración del MNH o de cualquier otra instancia contemplada en el patrimonio cultural; un patrimonio que es común, y que, como tal, pertenece, no al Estado ni a los especialistas de los museos, sino a toda la sociedad. Esa grave omisión, no es sino la ausencia total de la participación del público que caracteriza a las decisiones en el manejo de los

7 Palabras de Felipe Lacouture, *Ibid* p. 68.

8 Palabras de Salvador Rueda Smithers, *Ibid* p.148, 149

bienes culturales. Es posible que no podamos aspirar a que los discursos en nuestros museos sean representativos, lo que sí podemos intentar es que sean democráticos, es decir, que se aliente su coestructuración, en la que juntos, especialistas y público participen en los momentos de selección y elección del patrimonio y de los discursos que lo significan.

En un esquema unilateral, donde no se contempla la participación del público, no puede tener cabida el museo dialogal⁹ y democrático; protagonista de la Nueva Museología y de las actuales políticas culturales. En la medida en que no se aliente la participación de la sociedad y las decisiones patrimoniales sean privilegio de unos cuantos, las instituciones culturales continuarán estando condenadas al anquilosamiento.

GEORGINA DERSDEPANIAN

9 LACOUTURE, Felipe. "La Museología y la práctica del museo", en Cuicuilco: La Nueva Museología (primera parte) Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, Nueva Época, vol.3, núm. 7, mayo/agosto de 1996. p. 26.